

hasta un desierto inhospitalario: ellos se expusieron á todas las miserias humanas, á todas las crueldades de los salvajes, y sin embargo, animados por el verdadero amor de la libertad inglesa, afrontaron todos estos males con placer, comparándolos con los que sufrían en su patria, con los que les infligía la mano de estos hombres, que habrían debido ser sus amigos.

«¿Los colonos nutridos por vuestra bondad? Ellos crecieron, gracias á vuestra negligencia. Tan luego como habeis querido cuidar de ellos, esta solicitud se ha limitado á enviarles para gobernarlos y pillarlos, comisionados de algunos de los diputados de esta Cámara; gentes cuya conducta mas de una vez ha helado en sus venas la sangre de estos amigos de la libertad: gentes elevadas allá á las mas altas posiciones de la justicia, y demasiado felices aquí de escaparse de los tribunales al partir para un país extranjero.

«¿Los colonos protegidos por vuestras armas? Ellos son los que han tomado noblemente las armas para defenderos: los que luchando con trabajos infinitos han desplegado todo su valor para defender un país, cuyas fronteras estaban inundadas de sangre, miéntras que en el interior se os sacrificaban todos los recursos para ayudarlos.

«Y creedme, el espíritu de libertad que ha animado á este pueblo desde su origen, este espíritu, no lo abandonará jamás.»¹

El coronel Barré decia bien; no lo escucharon. El orgullo inglés no podia admitir la resistencia legítima de los colonos: pero sus palabras han quedado consignadas en la historia, como una justificación de la revolucion americana, y bajo este aspecto debemos recordarlas.

¹ Hinton, página 182.

LECCION XXI.

PRIMEROS ENSAYOS DE IMPONER CONTRIBUCIONES A LAS COLONIAS.

SEÑORES:

Para comprender bien la revolucion, es menester seguir en la historia á ese espíritu de libertad, y conocer el camino que recorrió á mediados del último siglo, hácia el año de 1754, en momentos en que rompía sus vínculos con la metrópoli.

No es tarea difícil la de explicar qué principios, qué teorías políticas apasionaban entónces á la América; lo es, sí, haceros comprender qué diferencias promediaban entre esas ideas y las que preocupaban á la Francia en la misma época. Entre lo que pensaba entónces la América y lo que pensamos hoy nosotros hay una gran semejanza, y si os dijera sencillamente: ved lo que se pensaba en 1763 del otro lado del Atlántico, imaginaréis naturalmente que la Francia del siglo XVIII debia participar de esa manera de sentir, porque el mundo no camina de prisa, y nada tiene de extraño que tales ideas hayan llegado á América cien años ántes que á nuestro país.

Pero una comparacion mas detenida os mostrará la diferencia que existia entónces entre ambos pueblos, y cuán profunda era la separacion que por diferentes causas habia entre la democracia americana y la francesa; lo que os convencerá á la vez de la necesidad que tenemos de estudiar á los americanos.

práctica. El rey se hallaba rodeado de una corte numerosa, de una Iglesia establecida, de una aristocracia en posesion de ciertos privilegios que representaban verdaderos impuestos no votados por la nacion. Miéntras en el nuevo mundo, por el contrario, todos los hombres eran iguales sin excepcion, puesto que emigraban en busca de fortuna, sin mas capital que su ingenio y sus brazos. Realizábase de esa manera la idea de Locke, y el gobierno se amoldaba á la forma de un contrato, de suerte que en la colonia de Nuevo-Plymouth, vemos á los emigrantes fijar las bases de ese contrato ántes de desembarcar: lo mismo pasa en Rhode-Island. Los colonos pagaban sus gobernadores, ya fuesen nombrados por la colonia ó por el rey; los parlamentos coloniales votaban los fondos para abonar estos sueldos, y tenian constantemente los cordones de la bolsa en sus manos. Además, como no habia ejército, puesto que el servicio militar era desempeñado por la milicia, el gobierno no podia ni atemorizar ni seducir á nadie. El temor y la seducción son los elementos principales de opresion de que se sirven los gobiernos: así, pues, cuando no se puede ni inquietar ni seducir á nadie, seguro es que todos serán incorruptibles. Tal sucedia en América; los americanos eran gente honrada, sin duda; y no se concibe cómo habrian sido otra cosa. Se agrega á ello otra circunstancia singularmente favorable, la separacion de la Iglesia y del Estado, y la perfecta independenciam de aquella. En la Gran Bretaña, la Iglesia anglicana era omnipotente: apenas toleraba á los disidentes, y excluía á los católicos. En América los disidentes eran admitidos por todas partes, aunque no fuesen nobles: la proscripcion era desconocida, excepto (doloroso es decirlo) contra los católicos. El catolicismo obtuvo la igualdad por la revolucion. Entre los episcopales y los disidentes la igualdad era casi completa; aun allí donde reinaba la Iglesia episcopal no existia gerarquía. La Iglesia episcopal de América solo tuvo obispos despues de la revolucion: cada una de las parroquias era administrada por los fieles, sin vínculo alguno con las Iglesias vecinas; era una asociacion enteramente comunal, y se acostumbraba á discutir los asuntos políticos, terminados los oficios. Durante las agitaciones que produjo la revolucion americana, las reuniones tenian siempre lugar al acabarse las ceremonias religiosas.

Una Iglesia separada del Estado, que nada espera de él, que ni lo

domina, ni teme verse esclavizada, debe tener necesariamente ideas muy distintas de las de una Iglesia oficial. Así, en América nunca se ha conocido la idea de derecho divino, de obediencia pasiva. Cristo nos aconseja obediencia hácia las autoridades; pero es evidente que con esto no quiere decir que debamos obedecer al primer usurpador ni al primer tirano que se presente. En América todos admiten que, si el gobierno falta á sus deberes, rompe él mismo el contrato existente entre él y los ciudadanos: el deber de la obediencia cesa al mismo tiempo que la legitimidad del mando.

Otra causa vigorizaba todavía el espíritu de actividad, de independenciam de los americanos, causa que ha desempeñado un importantísimo papel en la revolucion: no os admire que os diga que esta fué la esperanza. A primera vista nadie daria á ese sentimiento la importancia considerable que ejerce sobre la política; y ella es grande sin embargo. Recordad si no la historia romana: los romanos todos se creian nacidos para conquistar el mundo; lo mismo pasa en Francia; todos creen haber nacido para defender la unidad nacional; todo ciudadano es un soldado ante la menor amenaza contra nuestras fronteras. Pues bien, la idea americana, desde el primer dia, ha sido que el continente todo seria poblado por la raza anglo-sajona, la cual llegaria un dia á dirigir la marcha de la civilizacion. La fé política de los americanos consiste hoy mas que nunca en creer que su país será un dia el gran foco de la civilizacion; teoría apoyada en esta idea notable, que la civilizacion se ha dirigido siempre hácia el Occidente. Bajando de las mesetas del Asia, ha pertenecido primero á las grandes monarquías orientales; despues á los griegos; de estos pasó á los romanos; de los romanos á los franceses, á los ingleses, á los españoles, á los alemanes, á los pueblos de la Europa occidental; un paso mas, y atravesará el Océano. Esta idea fué expresada con animacion en 1730 por Berkeley, gefe de la escuela filosófico-idealista; en Rhode-Island escribió una cuarteta que en América se considera como una profecía: «El imperio del mundo se dirige al Occidente; ya están representados los cuatro primeros actos; la pieza terminará en el quinto con el ocaso del sol; el hijo menor del tiempo será el mas noble de todos.» Hácia la mitad del último siglo esta esperanza constituía la fé de Franklin, quien tenia la persuasion de creer que existia un continente por conquistar,

y que su conquista pertenecía á la raza inglesa, la cual debia propagarse allá indefinidamente y llegar un dia á formar un pueblo de ciento cincuenta á doscientos millones de hombres, produciendo una nueva civilizacion. Tanto preocupaba á Franklin esta idea, que en todas las memorias que dirigia á los ministros ingleses, como en todos los folletos que publicaba, vemos este pensamiento fijo; fundir la América y la Inglaterra, derribar las barreras artificiales que las separan, y fundar de este modo un imperio inmenso cuyo centro fuese la Inglaterra; y cuando se le observaba que si su proyecto llegaba á realizarse la Inglaterra acabaria por ser un satélite de la América, Franklin se sonreia por toda respuesta. Tal perspectiva no atemorizaba al filósofo patriota; y no solo no le atemorizaba á él, sino que habia logrado comunicar sus esperanzas á hombres muy importantes de la misma Inglaterra. Pitt declaró que el dia que la Inglaterra dejase de ser la metrópoli, es decir, la señora de sus colonias, los hombres de corazon no tendrían otro remedio sino emigrar á la América.

En la misma época, el ilustre historiador Hume contestaba á Gibbon, que le pedia un consejo sobre si debia escribir en frances su historia de las revoluciones de la Suiza: *Los franceses son hoy los señores del mundo por su idioma; pero tended la vista hácia nuestros establecimientos de América, y comprenderéis que ellos asegurarán á la lengua inglesa el imperio del mundo.*

Todos los americanos piensan así; en 1760 creian, y hoy mismo creen en el destino civilizador de la América; circunstancia que explica el encarnizamiento de la guerra actual. Comprenderéis, pues, que educados en la persuasion de que cada americano ha nacido para la grandeza de América, para conquistar un continente nuevo, deben mirar como traidores á cuantos intenten disipar tan bella ilusion y destrozár la patria.

Mucho ántes de la revolucion, las colonias comprendian que la América era un país nuevo cuyo engrandecimiento debia realizarse sin auxilio de la Inglaterra. A presencia de semejante porvenir, se preguntará: ¿por qué la Inglaterra dejaba hacer y no procuraba asegurar sólidamente la obediencia de sus colonias?

En primer lugar, la Inglaterra era un pueblo sobradamente hábil

para pretender impedir el desarrollo de las colonias; además, no tenía ningún interés en hacerlo, considerándolas como una simple hacienda en explotación, á donde iba á sacar madera, añil, brea, pieles, en retorno de mercancías inglesas. Con tal que la América no traficase, se creía haber cumplido cuanta regla imponía la habilidad comercial, sin apercibir que impidiendo esa expansión de las colonias, la Inglaterra sufría tanto como ellas mismas; pero esa era la política del último siglo. Se guerreaba sin tregua entre ingleses y franceses, entre españoles é ingleses, y siempre por conservar el monopolio del comercio colonial. Si se hubiese dejado desde el primer dia que las colonias viviesen como les convenia, es probable que el siglo XVIII hubiese pasado en una paz profunda, mientras que se ensangrentó con guerras prolongadas é inútiles. ¡Extraña cosa en verdad, que siempre ha de llegar al último la idea mas natural y justa; que ha de principiarse siempre en política por lo mas complicado! El pensamiento de que era preciso tener colonias que proveyesen á la metrópoli de las materias primas, para venderlas después á las mismas, transformadas por la industria fabril, presidia en esa época á todas las relaciones comerciales de los pueblos. ¡Bella política que ha abortado mas de un siglo de guerras y de tristes resultados!

El dia que hubo dos millones de ingleses en América, las colonias comenzaron á sentir cuán duro era no poder fabricar nada, ni siquiera vender los productos del país, sino á comerciantes ingleses. ¿No era exorbitante ya el no poder exportar harinas á las Antillas? Los americanos que hacían pescas considerables, sin poder llevar el bacalao á Portugal ni á España, países que por su calidad de católicos consumían considerablemente ese artículo, por ser monopolio reservado á la Inglaterra, comenzaron á preguntarse si esa alianza en que todas las utilidades eran para la Inglaterra, podía durar sin modificación. Lo que concurría á aumentar la irritación era que los emigrantes nada debían á la madre patria, pues si bien procedían de ella, habiendo salido expulsados, no podían profesar una gran ternura á su madrastra. Multiplicados en el desierto que ellos mismos habían desmontado y preparado al cultivo, abriendo caminos y puertos, sabían bien que nunca la metrópoli había gastado un sueldo por ellos, si se exceptúa la Georgia, fundada en 1732. Nada tiene, pues, de extraño que en 1758,

Pedro Kalm, viajero sueco cuyos escritos han tenido una influencia considerable por haber hecho conocer la América en Europa, escribiese que los excesos de la libertad en América le habian pasmado. Como de costumbre, Kalm veia los objetos invertidos: no era de libertad exajerada de lo que adolecia la América, ni ménos de excesiva prosperidad; sufría y murmuraba, porque su comercio y su libertad estaban igualmente encadenados.

Pero Kalm era discípulo de una vieja escuela política, que hoy mismo es la maestra de todos los hombres de escasa inteligencia. Encontraba que habia demasiada libertad y prosperidad en América, y que de ahí procedia la agitacion. «Se habla, dice, de separacion; algunos hay que dan el plazo de treinta años á este acontecimiento.» Es deplorable que no nos haya trasmitido los nombres de los que pronunciaban esas palabras verdaderamente proféticas. Pero agrega, «dos cosas mantendrán en la obediencia las colonias: la inmediacion al mar, puesto que carecen de marina, la vecindad de los franceses y la necesidad que tienen los plantadores del gobierno inglés para defenderse de sus turbulentos vecinos.» ¡Cosa rara! la idea de Kalm tuvo su influencia en la política francesa: cuando M. de Choiseul firmó la paz de 1763, abandonó el Canadá á los ingleses con cierta satisfaccion, diciendo: «Son nuestros,» imaginando que las colonias querrian pronto ser independientes, y que esto seria para la Francia una especie de desquite contra la Inglaterra. Triste recurso que hacia renunciar á un país que Voltaire clasificaba desdeñosamente «de unos cuantos metros de nieve,» y que es cuatro veces mayor que la Francia; uno de los países mas hermosos del mundo, en donde se ha desarrollado una colonizacion que ha triplicado á los Estados-Unidos, colocándolos en primera línea entre las potencias marítimas del continente.

Despues del año de 1763, cuando las colonias no tuvieron nada que temer de la Francia, no sé si empezaron á pensar en su independencia; pero la Inglaterra se apercibió de que las tenia en sus manos, y que seria bueno hacerles sentir su dependencia y abatir su orgullo. Idea mas falsa no podia germinar en la mente de los políticos. En este mundo es preciso contemporizar siempre con los sentimientos nacionales, y no obrar sino por necesidad. El pensamiento que ocurrió á los teóricos de aquella época fué, que seria conveniente poner im-

puestos á la América. La idea de crear impuestos y contribuciones directas, no era nueva. Desde 1745 se la habian propuesto á Robert Walpole, ministro inteligente que gobernó al rey de Inglaterra, durante muchos años, con un método sencillísimo. Estaba de acuerdo con la reina; esta proponia al rey lo contrario de lo que Walpole queria, y al instante el rey, por orgullo conyugal y por contrariar á la reina, se ponía de parte del ministro. Durante veinte años, el monarca inglés tuvo la satisfaccion de mandar solo, haciendo lo que queria su ministro y su muger: ¡la fé nos hace tan felices.....!

Walpole ha dejado una mala reputacion, porque tenia el defecto de conocer la tarifa de la conciencia de cada diputado del Parlamento, y cometia el error, aun mas grande, de envanecerse de ello: la historia le ha juzgado severamente, y con justicia; pero Walpole era un estadista consumado. Su divisa decia: no tocar lo que esté quieto (*Quies non movere*), y cuando se le hablaba de contribuciones en América, contestaba: «me basta el tener que habérmelas con la Inglaterra vieja; «no quiero entretenerme tambien con la jóven,» y agregaba: «conozco «sus planes, se los abandono á los que sean ménos aficionados que yo «á la tranquilidad, y sobre todo, á la prosperidad comercial de este «país. Sé perfectamente lo que hacen los americanos; comercian con «las Antillas y con el Portugal, sacándoles oro; con ese oro vienen á «comprar nuestras mercancías, y yo calculo que si sus negocios «ben á doce millones anuales, la mitad de estos entra en algunos años «en las arcas del rey. Hé aquí mi sistema de impuestos; que otros «mas hábiles ó mas atrevidos que yo procedan como les parezca.»

Mas tarde, en 1757, cuando Mr. Pitt llegó al ministerio, en vísperas de la guerra contra la Francia, le propusieron poner contribuciones en América; Pitt se negó á ello porque en su opinion esta era una deslealtad desde que á las asambleas americanas incumbia votar sus impuestos; pero como era un furioso proteccionista, agregaba, «si la América se atreve á fabricar una media, ó un clavo de herradura, le haré sentir todo el peso de mi país.» Ved hasta dónde puede alcanzar el error en las cabezas mejor organizadas. La Inglaterra se habria considerado perdida el dia que la América hubiera fabricado una media, ó un clavo de herradura. Desde la fundacion de los Estados-Unidos, sabe Dios cuántas medias se han tejido, y cuántos cla-